**LA ÚLTIMA** **FUNCIÓN.**

El viejo cine del pueblo estaba a punto de cerrar. Nadie lo visitaba ya, salvo algunos nostálgicos que se resistían a la modernidad, aferrándose a la magia de las salas pequeñas, donde el olor a palomitas recién hechas y las butacas crujientes evocaban tiempos mejores, ese lugar donde las paredes susurraban los secretos de las películas que alguna vez proyectaron.

Habían pasado casi cuarenta años desde la primera y última vez que Francisco había entrado allí, pero la noticia del cierre lo llevó de vuelta, como un imán que atrae al metal, arrastrando consigo una ola de recuerdos.

Caminó lentamente hacia el cine, observando cómo la fachada, que una vez había sido luminosa y acogedora, ahora estaba desgastada y deslucida, como si el tiempo se hubiera encargado de borrar sus colores. La marquesina, que en su juventud siempre anunciaba con orgullo los estrenos de la semana, ahora apenas mostraba algunas letras sueltas, anunciando la última película que se proyectaría antes de que el cine cerrara sus puertas para siempre.

Al llegar, sintió un nudo en la garganta. Sus recuerdos lo transportaron a una noche de otoño, cuando a los dieciséis años había entrado en ese mismo cine acompañado por Etelvina, su primer amor. Era una noche lluviosa, y ambos habían corrido bajo la tormenta para refugiarse bajo el alero del cine. Sus manos se habían tocado por accidente, y aquel contacto fortuito se convirtió en el primer momento en que sus dedos se entrelazaron con timidez. Ese simple gesto había marcado el comienzo de algo especial, algo que, en su juventud, pensaron que duraría para siempre.

Mientras esperaba en la fila para comprar su entrada, no pudo evitar mirar hacia el lugar donde ambos habían esperado aquella vez. Aunque el alero estaba ahora despintado y con algunas grietas, en su mente lo veía como estaba aquella noche, iluminado por las luces del cine y con el sonido de la lluvia como banda sonora de su primer beso.

Compró su entrada para la última función sin siquiera fijarse en la película que proyectarían. No importaba. Lo que él quería era revivir aquellos momentos, despedirse del cine que había sido testigo de algunos de los momentos más importantes de su vida. Entró en la sala, casi vacía, y buscó su butaca, la misma en la que se había sentado con Etelvina tantos años atrás. Al sentarse, cerró los ojos y dejó que los recuerdos lo inundaran.

En un rincón de su memoria, la imagen de Etelvina comenzó a cobrar vida. La veía de nuevo, con sus rizos castaños y su risa nerviosa, intentando controlar la emoción de estar tan cerca de él. Durante la proyección, apenas prestaron atención a la película. Estaban más pendientes el uno del otro, de las sonrisas tímidas, de los roces accidentales que se convertían en caricias. Recordó cómo, cuando la pantalla se llenó de luces y sombras, él tomó su mano por completo, sintiendo el calor de su piel, y cómo ella se acurrucó en su hombro, confiando en él de una manera que lo hizo sentir invencible. Habían sido tan jóvenes, tan ingenuos, pero en ese momento, el mundo se redujo a ese pequeño cine, a esa sala oscura donde el amor parecía eterno.

La luz del proyector se encendió, arrancándolo de sus pensamientos. La película comenzó, pero él no podía concentrarse en lo que sucedía en la pantalla. Su mente seguía vagando por el pasado, por aquellos días en que todo parecía posible. Fue entonces cuando escuchó un suave crujido detrás de él, como si alguien más hubiera entrado en la sala. No le prestó mucha atención al principio, pero cuando la luz de la pantalla iluminó fugazmente el rostro de la persona que acababa de entrar, su corazón dio un vuelco.

Allí estaba ella , como si el tiempo no hubiera pasado, como si todavía fueran esos adolescentes que se habían amado bajo las luces del cine. Etelvina se acercó a su butaca y se sentó a su lado. Había envejecido, como él, pero en sus ojos aún brillaba la misma chispa que lo había cautivado tantos años atrás. Ninguno de los dos habló, porque no hacía falta. Simplemente se tomaron de la mano, como lo habían hecho aquella noche de otoño, y dejaron que la película los envolviera, aunque esta vez sus corazones estaban llenos de despedidas en lugar de promesas.

La película, una vieja cinta en blanco y negro, comenzó a proyectar escenas que le resultaban extrañamente familiares. Las imágenes mostraban un par de adolescentes corriendo bajo la lluvia, refugiándose en el cine, sus manos encontrándose por accidente. El proyector, como si tuviera vida propia, había decidido contar su historia. Se dieron cuenta de que no era una simple película, sino una recreación de sus recuerdos, como si el cine, en su última función, quisiera rendir homenaje a quienes lo habían amado.

La sala parecía cobrar vida. Las paredes susurraban viejas risas, los asientos crujían como si recordaran el peso de tantos espectadores a lo largo de los años. En la pantalla, los jóvenes protagonistas vivían su romance una vez más, y ambos sintieron que se transportaban a ese tiempo, a ese momento en que todo era posible.

Cuando la película llegó a su final, con la despedida inevitable de los jóvenes, ambos sabían que estaban presenciando algo más que una simple proyección. Estaban diciendo adiós no solo al cine, sino a una parte de ellos mismos que había quedado atrapada en esos recuerdos.

Las luces se encendieron lentamente, revelando la sala vacía. Se quedaron allí un momento más, aferrados al pasado, sabiendo que esta vez, la despedida sería definitiva. Finalmente, se levantaron y caminaron juntos hacia la salida, como lo habían hecho antes, pero esta vez conscientes de que el tiempo no se detiene y que algunos capítulos deben cerrarse para siempre.

Al salir, se despidieron con un abrazo, largo y silencioso, y luego cada uno siguió su camino. El cine cerró sus puertas al día siguiente, pero en la memoria de ambos, siempre existiría aquel lugar mágico donde el amor había nacido y, años después, se había despedido.

El cine no es solo un lugar donde se proyectan películas; es un espacio donde se proyectan recuerdos, donde los momentos más importantes de nuestras vidas se mezclan con la ficción, creando una película que jamás se borra. La última función en ese viejo cine fue también la última función de un amor que, aunque quedó en el pasado, siempre vivirá en la memoria de quienes lo vivieron.

Luz del Alma.